

## ÍNDICE

<i>Nota de presentación</i>	
José Carlos Loredo Narciandi .....	11
<b>I. UNA INTERPRETACIÓN ETNOPSICOLÓGICA DEL SECRETO .....</b>	<b>15</b>
1.ª parte. El secreto en psicoterapia .....	15
2.ª parte. El efecto sin-nombre .....	29
<b>II. ¿ESTÁN IMPREGNADAS DE POLÍTICA LAS CIENCIAS DE LA EMOCIÓN? CATHERINE LUTZ Y LA CUESTIÓN DEL GÉNERO DE LAS EMOCIONES .....</b>	<b>43</b>
<b>III. LOS DISPOSITIVOS EXPERIMENTALES .....</b>	<b>57</b>
1.ª parte. Artefactos y características de la demanda experimental .....	57
2.ª parte. La experiencia de Valins: Psicología experimental de las emo- ciones .....	67
<b>IV. LO QUE LAS CIENCIAS DE LA ETOLOGÍA Y LA PRIMATOLOGÍA NOS ENSEÑAN SOBRE LAS PRÁCTICAS CIENTÍFICAS .....</b>	<b>75</b>
<b>V. ACABANDO CON EL DUELO: PENSAR CON LOS MUERTOS .....</b>	<b>91</b>

### III LOS DISPOSITIVOS EXPERIMENTALES

#### 1.<sup>a</sup> Parte. ARTEFACTOS Y CARACTERÍSTICAS DE LA DEMANDA EXPERIMENTAL

Casi todo el mundo en Psicología conoce la historia de Hans, el famoso caballo berlinés del que se creía que podía resolver operaciones matemáticas complejas. He tenido ocasión de abordar esta historia en el texto acerca del secreto (en la parte sobre el «efecto sin-nombre») y quisiera ahora volver a ella. Y es que a Hans se le auguraba un futuro glorioso, por poco convincente que fuera desde el punto de vista de las matemáticas. Hans ejemplifica la pesadilla de los psicólogos: influenciar a aquellos a quienes se investiga. Esto desembocaría algunos años más tarde en una consigna que presidiría todos los laboratorios en los que se interrogaba tanto a humanos como a animales: debemos prevenirnos contra esa influencia. El fantasma de Hans se aparecería a los investigadores. Era necesario un mayor control; siempre más control. La Psicología hecha con humanos se ha debatido largamente con ese problema, y yo destacaría dos tipos de respuestas al mismo que contrastan notablemente entre sí. En la misma época, en los años 60, surgieron dos series de investigaciones que aparentemente trataban el mismo problema pero cuyas soluciones diferían considerablemente.

Por un lado destacaría las investigaciones del especialista en hipnosis Martin Orne. Orne deseaba hallar un dispositivo experimental que le permitiera descubrir un criterio para diferenciar los sujetos hipnotizados y no hipnotizados. Según él, estaba claro que ese contraste lo establecería la capacidad del sujeto de tolerar una tarea aburrida y ejecutarla adecuadamente sólo porque alguien le había pedido que la realizara. En principio, las personas hipnotizadas deberían ser complacientes, a diferencia de los sujetos del grupo de control. No fue así. El experimentador comenzó con el grupo de control. Le hizo realizar una tarea totalmente absurda, repetitiva y pesada. Se trataba de resolver unas doscientas sumas en una hoja de papel y, al acabar, sacar una carta cuyas instrucciones siempre ordenaban romper esa hoja en treinta y dos trozos y después coger otra hoja de sumas, resolverlas y abrir otra carta cuyas instrucciones siempre... Tras más de

cinco horas de observación fue el experimentador el primero en renunciar. Y cuando se preguntó a los sujetos por qué habían realizado todo aquel trabajo sin rechistar ni expresar ninguna duda, resultó que habían pensado que lo que estaban probando con ellos era un test de resistencia. Sin embargo, si Orne hubiera pedido a su secretaria que hiciera siquiera la décima parte de la tarea, se habría negado. Él mismo dice que, si uno pregunta a personas de su entorno si quieren hacerle un favor y cuando asienten les pide que hagan cinco flexiones, preguntarán por qué, pero si uno pregunta a un grupo de personas si desean formar parte de un experimento y cuando aceptan se les pide que hagan cinco flexiones, preguntarán dónde.

La denominada complacencia de los sujetos ha hecho correr ríos de tinta entre los psicólogos. Es la obsesión por ella lo que explica que el objeto de la mayor parte de las investigaciones, aquello en lo que de verdad consisten, se plantee a espaldas de los sujetos. A menudo se cuenta a éstos algo muy diferente respecto a la razón por la que se les convoca. Quiero recordar aquí lo que saqué a colación anteriormente a propósito de las investigaciones de Ian Hacking, quien desarrolló en torno a esta cuestión la noción de «género interactivo». Un género, según Hacking, es una manera de clasificar. Pero, si comparamos unas y otras maneras de clasificar, no podemos dejar de constatar que existen géneros indiferentes, por ejemplo cuando la clasificación recae sobre cosas a las cuales les resulta «indiferente» ser clasificadas, como las moléculas, a las que trae sin cuidado lo que pensamos de ellas y continúan con su vida de moléculas. En cambio, se habla de géneros interactivos cuando la clasificación afecta a los clasificados. ¿Cómo podrían funcionar los géneros interactivos en Psicología? Hacking deseaba tratar el problema de las expectativas: los sujetos se convertirían en aquello que se espera de ellos y se acomodarían a la teoría o hipótesis que se ha formulado sobre ellos.

Martin Orne ha proporcionado las confirmaciones experimentales más elegantes de ese proceso, pero por lo que a mí respecta quisiera, antes de centrarnos en ellas, ofrecer una versión de los géneros interactivos de Hacking un poco más compleja. A mi juicio, la complacencia de los sujetos no es una cualidad inherente a éstos, sino simplemente un producto del dispositivo. Porque lo que la Psicología oculta es que la famosa complacencia se debe a la propia organización de la investigación, donde todo remite a ella haciéndola necesaria: el protocolo rígido y restrictivo, el hecho de que el científico distribuya las experticias de forma tan asimétrica, una situación similar a la de un examen, la ignorancia que se les supone —cuando no se les induce— a los sujetos, etc. Sin embargo, la

Psicología trata la complacencia no como un efecto de lo que ella misma impone, sino como una característica esencial que hay que contrarrestar. Nótese la paradoja. Los psicólogos construyen dispositivos que provocan complacencia y deben hacer todo lo posible por contrarrestarla. Y entonces, como en toda situación de engaño, se ven obligados a preguntarse sin cesar: «¿Me han creído realmente los sujetos? ¿No habrán llegado a comprender qué es lo que estoy investigando y respondido a ello sin que yo lo supiera?». También hacen cuestionarios post-test para asegurarse de que los sujetos se han dejado engañar como chinos. No obstante, en ese caso los sujetos saben que el hecho de haber entendido la hipótesis va a invalidar el resultado de su tarea y prefieren no decir nada y continuar aparentando que han respondido con total ingenuidad —algo que cabe denominar pacto de doble ignorancia, pues ninguno de los dos, ni el sujeto ni el experimentador, tiene realmente la intención de decir o saber de qué se trata, ya que en cualquiera de las dos situaciones se daría al traste con el experimento—.

Ahora bien —explica Martin Orne, al que vuelvo—, si uno reúne un grupo y al comenzar el experimento se explica el procedimiento a sus integrantes sin presuponer que deban ser sumisos («en su opinión ¿qué busca este experimento, de qué trata?»), entonces uno comprueba que los sujetos elaboran hipótesis bastante precisas y pertinentes. No hay mejor forma de poner de manifiesto el artefacto de cualquier situación experimental basada en el engaño. Los análisis llevados a cabo por Ian Parker a propósito del famoso experimento de Milgram no indican otra cosa: los sujetos afirmaban que sabían muy bien que no podía haber peligro. Se les podría acusar de reelaborar retrospectivamente esa interpretación, pero yo no me atrevería. Recordemos, por ejemplo, lo que ya en 1889 decía el gran psiquiatra Pierre Janet a este respecto: se han pedido las cosas más inverosímiles a una paciente profundamente hipnotizada. Ante un grupo de juristas y médicos, una de ellas puso veneno en el té que les sirvió a algunos (con azúcar), a otro lo hirió con un cuchillo (de caucho) y, a petición de uno de los médicos, intentó asesinar a varios de los asistentes. La demostración fue impresionante. Cuando los distinguidos invitados se marcharon, los estudiantes fueron los encargados de despertar a la señora. Sin duda para alegrar una tarde tan sombría, quisieron terminarla con una nota picante, muy picante. Así pues, sugirieron a la señora, aún bajo bajo los efectos de la hipnosis, que se desnudara porque estaba sola e iba a tomar un baño. La señora se despertó inmediatamente, alterada. No es lo mismo pedir a alguien matar en un experimento que desnudarse. A menudo los experimentadores no saben a qué cuestión responden los sujetos, y lo sa-

ben tanto menos cuanto que éstos les mienten y, por tanto, les empujan a tener que preservar su propia ignorancia como experimentadores.

Martin Orne ha intentado imaginar, pues, una situación experimental que haga inteligibles los artefactos y al mismo tiempo, y sobre todo —y esto es lo que me interesa de su propuesta—, no se limite a la denuncia, sino que transforme, de manera pragmática, esa prueba acerca de su inteligibilidad. Su solución no me parece ideal y desde luego tengo algunas reservas, pero me interesa porque pone en escena una nueva posición para los sujetos. En cierto modo se trata de construir la situación experimental de manera que el «por qué» de «¿por qué me pide usted esto?» (que nos recuerda la sensatez de las personas a quienes pedíamos el favor de hacer cinco flexiones) se perciba como algo que no sólo está permitido sino que es bienvenido, celebrado como un acontecimiento novedoso. Esta forma de proceder me interesa porque apuesta por la confianza, supone que los sujetos son inteligentes y supone que la colaboración no necesariamente implica que exista un artefacto. Orne propone que se forme un grupo de cuasicontrol antes de cada experimento. A ese grupo se le explica todo el procedimiento del experimento, se le enseña el material experimental y a sus integrantes se le dice qué se habría esperado de ellos si hubieran participado. «Teniendo en cuenta todo lo que les había pedido, ¿qué hipótesis habrían creído ustedes que presidía el experimento? ¿Qué habrían pensado que se intentaba probar y que opinarían acerca de la hipótesis? ¿Cómo lo hubieran planteado ustedes?». Cuando se pone a los sujetos en esta situación de tener que imaginar lo que harían si realmente fueran sujetos experimentales, a menudo sus respuestas indican —incluso en el caso de experimentos de los que se supone que van contra el sentido común, como los estudios de disonancia cognitiva, donde se requiere que el sujeto mantenga discursos contrarios a sus opiniones— que harían exactamente lo mismo que se observa en el experimento real. Aunque este procedimiento es sin duda imperfecto —porque lo que realmente pretende es conseguir validez ecológica, es decir, la posibilidad de extrapolar los resultados fuera del laboratorio—, me parece interesante en la medida en que, por un lado, los sujetos son invitados a colaborar, pero por otro lado —y sobre todo— son invitados a posicionarse respecto a la pertinencia de la hipótesis y el dispositivo experimental. Se reserva un lugar para el porqué, habida cuenta de que Orne apela a la inteligencia de las personas y no a su supuesta docilidad, algo que además reivindica en la conclusión de uno de sus artículos cuando afirma que, al fin y al cabo, es mucho más agradable trabajar con cuasi-colaboradores que con objetos a manipular.

Vamos ahora con la segunda línea de investigaciones que anuncié antes y que, también en los años 60, trató el problema de las expectativas y de la colaboración no deseada de los sujetos. El psicólogo Robert Rosenthal fue en esto el campeón. Recordemos que Rosenthal concibió un dispositivo que marcó profundamente las investigaciones posteriores, orientado a mostrar hasta qué punto las expectativas del experimentador podían influenciar el comportamiento de aquellos a quienes se investiga. Rosenthal, que en los años 60 enseñaba Psicología en una universidad americana, pidió a sus estudiantes que pusieran a prueba, en un laberinto, ratas cuya cepa había sido seleccionada unos años antes, en virtud de su inteligencia, por otro investigador —también un ilustre psicólogo de la Universidad de Berkeley—. Así, algunos estudiantes recibieron ratas que descendían de otras que habían sido seleccionadas por ser muy competentes en tareas de aprendizaje, mientras que otros recibieron animales procedentes de una cepa cuyos resultados habían sido mediocres. Se pidió a cada estudiante que comprobara si su rata se ajustaba a lo que cabía esperar en función del linaje del que procedía<sup>56</sup>. La predicción se cumplió: las ratas que descendían de ratas inteligentes seguían siéndolo, mientras que las otras mostraban todas las dificultades de aprendizaje que se podía esperar de ellas.

Precisamente ahí radicaba el problema. Las ratas hicieron lo que se podía esperar de ellas, es decir, lo que Rosenthal esperaba que los estudiantes esperasen de ellas. Porque ninguna de las ratas, inteligentes o idiotas, descendían de linajes cuidadosamente seleccionados de acuerdo con sus habilidades. No tenían prestigiosos ancestros en Berkeley. Eran, según términos de Rosenthal, ratas «ingenuas», compradas para la ocasión en animalario más cercano. ¿Qué mostró, pues, la experiencia de Rosenthal, donde cada una de las ratas hizo lo que se podía esperar de ella? Todo el experimento estaba montado con un único propósito: mostrar que la relación con el humano, las expectativas y la influencia del investigador podían haber tenido un efecto parásito sobre él.

En el corazón de esta historia está nada menos que la cuestión de cómo entra en escena la afectividad. La conclusión de Rosenthal es clara: basándose en una encuesta que les pasó, nos informa de que los estudiantes cuyas ratas tenían más éxito en las pruebas admitieron haber tenido relaciones más afectivas con sus animales. Los habían mimado, se habían entusiasmado con sus logros y habían pasado más tiempo con ellos. En definitiva, desde la perspectiva de Rosenthal los estudiantes se habían comportado como aficionados, porque según él un ver-

<sup>56</sup> Para un análisis más completo véase Despret, *Naissance d'une théorie éthologique*, op. cit., p. 22 y ss.

dadero experimentador profesional no se dejaría caer en esa trampa, sino que habría dejado escrupulosamente sus expectativas en el guardarropa antes de ponerse la bata blanca, habría acallado su afectividad tratando a todas las ratas con la misma frialdad, neutralidad e imparcialidad. Y además Rosenthal pretende demostrarlo: a fin de comparar lo que las ratas habrían podido revelar acerca de sus habilidades reales con lo que habían obtenido los estudiantes, pidió a su ayudante que midiera objetivamente los resultados de un grupo de ratas idénticas. La ayudante encontró resultados en torno a la media. Se supone que había sometido a las ratas a un test que sí era objetivo. ¿Pero se había dejado llevar en menor medida por las expectativas? En absoluto. Había hecho lo mismo que los estudiantes: tratar con las ratas, pero como si fueran ratas promedio.

¿Qué significa entonces la objetividad en este contexto? Significa una posición particular de las expectativas que define a la vez un régimen de relación y un régimen de existencia. La objetividad ha hecho existir a las ratas según un modo particular. Por tanto, la objetividad, definida como la define Rosenthal, no es lo contrario de la subjetividad, sino ¡una de sus posibles variantes! Porque la objetividad puede definirse en los mismos términos que la posición completamente subjetiva de los estudiantes; es la posición que implica actuar en términos de «como si»: los estudiantes con ratas brillantes actuaron con sus ratas como si éstas fueran inteligentes, mientras que la ayudante actuó con ellas como si todas fueran intercambiables, idénticas. En este contexto, pues, la postura objetiva no es solamente una postura en virtud de la cual cualquiera, en el lugar del investigador, pudiera obtener el mismo resultado, sino que también supone esto mismo en lo que respecta a los objetos. El «como si» es un productor de identidades; performa los malentendidos, en el sentido de Daniel Stern.

Lo que Stern llama malentendido<sup>57</sup> designa lo que sucede cuando los padres piensan que su hijo ha adquirido una nueva competencia antes de que ésta se haya desarrollado del todo, y cuando el hecho de tratarle de acuerdo con esa competencia contribuye a que la competencia misma se desarrolle. Por ejemplo, cuando un padre atribuye al niño intencionalidad o autonomía o le concede acceso a ciertas emociones, le está haciendo ocupar un lugar relacional «como si» dicho niño verdaderamente presentara esas emociones, esa intención o esa autonomía. Dado que este lugar relacional permite al niño adquirir aquello que se le atribuye, el niño puede actualizar lo que le ha sido prestado. Se trata de una actualización y no una identificación por pura proyección, en tanto en cuanto lo

<sup>57</sup> D. Stern, *Le monde interpersonnel du nourrisson* (trad. A. Lazartigues y D. Pérand), París, PUF (col. Le fil rouge), 1989.

que se atribuye al niño «por un malentendido» tiene lugar en una zona de desarrollo próximo, en un momento en que el niño presenta todos los indicios de aquello que está en vías de actualización.

Volviendo a nuestras ratas, con el «como si performativo» de la afectividad y el interés se entiende un poco mejor lo que ocurría en el grupo de estudiantes donde se dio esa curiosa degradación de la experiencia de los animales y donde se puso de manifiesto de forma ejemplar la peculiar manera en que expectativas y actividad se conjugan entre sí. «Me parece que nuestra rata —dice uno de ellos en la entrevista— era extremadamente estúpida. Esto fue especialmente evidente en los ensayos de discriminación». Sin embargo —subraya Rosenthal—, analizando los datos se comprobó que esa rata era la más brillante dentro del grupo de las estúpidas, y lo era particularmente en el test de discriminación, donde sus resultados habían sido muy similares a los de las ratas del grupo de las competentes. Así pues, ¿es simplemente una cuestión de expectativas? Entendemos mejor lo que pasó si leemos la continuación de la entrevista: «Quizá podía haber sido desalentador trabajar con una rata tan estúpida, pero no lo fue. De hecho, nuestra rata tenía el honor de ser la más estúpida de la sección. Creo que eso pudo mantenernos alerta debido al interés que habíamos puesto en nuestra rata».

Afectividad, interés: he aquí, pues, términos bien problemáticos para un psicólogo que desee hacer ciencia. El hecho de que yo haga referencia a los aficionados no es inocente, ya que es justamente de eso de lo que habla Rosenthal cuando pone a su ayudante a competir con los estudiantes a la hora de producir lo que podríamos denominar mediocridad. Al hacerlo, Rosenthal actúa como un heredero de una historia compleja, una historia donde se mezclan concepciones y descalificaciones de la afectividad y recelo a propósito de su influencia. Sin duda, cabría pensar que el mérito de Rosenthal radica en abrir la puerta a la idea de que los animales colaboran con los investigadores y que no son indiferentes a la manera en que se les trata. Pero el objetivo del psicólogo no es abrir esa puerta, sino más bien cerrarla —y si es posible deshacerse de la llave—. En realidad, la manera de proceder de Rosenthal lleva implícitas dos concepciones metodológicas. La primera, sobre la que voy a pasar rápidamente y de la que ya he hablado, es la que ha adoptado tradicionalmente la Psicología y aparece en el diseño mismo de su experimento: el engaño. ¿Por qué lo necesita? Justo porque su problema es precisamente hacer que a los sujetos les resulte indiferente el experimento, es decir, que sean indiferentes a lo que se les pide en él. Sin embargo, habrían podido poner a prueba, juntos, lo

que Orne nos ha enseñado: «¿y si os dijera que esta rata es inteligente y que estoy convencido de que el hecho de deciroslo va a afectar indirectamente a sus resultados?; ¿querríais probar entonces?». Podemos apostar que los resultados habrían sido los mismos, tal vez un poco más rebajados, y ello tanto más cuanto que a mi juicio es más que probable que de todos modos los estudiantes supieran de qué iba todo aquello. Pero esto habría exigido a Rosenthal pensar su investigación como una investigación que hiciera emerger inteligencia e interés, en vez de ser una investigación de denuncia. Las ratas mismas dan fe de este último planteamiento, dado que aquello que las hace inteligentes queda descalificado como sesgo de la investigación. De hecho, el problema que preocupa a Rosenthal es el de la generalización en Psicología y la variación de los resultados. En repetidas ocasiones se acuerda del caso de Hans, pero me parece que lo hace sin fundamento, porque la historia en absoluto es la misma. Las ratas realmente se vuelven competentes en el laberinto, conforme a las expectativas de los estudiantes más amigables. Hans, en cambio, nunca supo contar por muy entusiastas que fueran quienes le preguntaban. Dicho de otro modo: las ratas no están en el artefacto en el mismo sentido que Hans. Ellas sí han respondido a la cuestión de lo que son capaces de hacer dentro de un laberinto (aunque esa respuesta no respondiera a la cuestión del condicionamiento). Hans, en cambio, forma parte del artefacto: responde afirmativamente a una cuestión que todo el mundo se imagina que es «¿eres capaz de contar?», mientras que en cierto modo la cuestión a la que estaría respondiendo realmente sería «¿eres capaz de jugar a este juego?» —o sea, ¿cuál es la cuestión que te interesa responder o a cuál eres particularmente competente para responder?—.

El otro problema metodológico suscitado por Rosenthal está íntimamente vinculado al anterior. Es la cuestión de la complacencia de los sujetos. Sin embargo, Rosenthal se equivoca cuando trata esta cuestión orientando sus hipótesis en otra dirección, que según él conduce a la cuestión del poder. Podríamos considerar —concede— que lo que ocurre en el experimento es simplemente el resultado de una relación de poder y, por ejemplo, plantear la cuestión de saber qué suerte correrá, en términos curriculares, un estudiante que obtenga resultados contrarios a lo que el experimentador espera de él. Rosenthal era perfectamente consciente de que esta cuestión podría por sí misma invalidar su trabajo. También trató de neutralizarla. Afirmaba que en su experimento no había ningún efecto de poder. Tomó una serie de precauciones para que los estudiantes fueran especialmente conscientes de que los resultados de su trabajo no afectarían ni a sus calificaciones ni a su carrera futura: el experimento no iba a contar

en función de sus resultados, sino que sólo se tendría en cuenta el hecho de participar en él. Sin embargo, al plantear la cuestión desde el punto de vista del poder me parece que Rosenthal olvida una distinción importante: la distinción entre poder y autoridad. Ciertamente, no hay poder en esta tarea, o al menos no de forma parásita, pero eso no elimina el efecto de la autoridad, y más concretamente de la autoridad del científico: cómo los investigadores hacen todo lo que está en su mano\*—y sin ser conscientes de ello— para hacer que el discurso de Rosenthal sea *verdadero*, ya que es importante para ellos que lo sea. Es la definición batesoniana de la autoridad, que se aplica especialmente bien a las relaciones jerárquicas entre estudiante y profesor, así como entre un sujeto supuestamente ignorante y un investigador investido de la autoridad de la ciencia. Rosenthal representa ambas cosas.

Martin Orne mostró muy bien, y además en la misma época, hasta qué punto la autoridad de los científicos impregnaba las investigaciones. Lo que Orne mostró se aplica a numerosos experimentos, y especialmente al que constituye el prototipo de las investigaciones sobre la obediencia: el muy conocido experimento de Stanley Milgram. Ahora bien, el periodista Ian Parker, cuando volvió a preguntar cuarenta años después a los sujetos experimentales<sup>58</sup>, descubrió gracias a ellos que los resultados eran en parte producto de lo que llamó un «pacto de doble ignorancia». Los sujetos habían entendido perfectamente lo que se les intentaba ocultar: que la persona a la que supuestamente enviaban descargas eléctricas durante una pseudoprueba de aprendizaje era en realidad un cómplice del experimentador que simulaba el dolor. Pero, en aras de la salud de la ciencia, fingieron que lo ignoraban y jugaron al juego. Se limitaron a hacer lo que se esperaba de ellos, sin decepcionar al experimentador. Algunos apelaban a excelentes razones para justificar su sospecha: en las universidades americanas no se mataba a gente de aquella manera, el experimentador tenía un aire demasiado tranquilo para una situación tan preocupante, había algunas dudas... En última instancia, en esta historia el ingenuo no era el que se creía. Me parece excesivo decir que «habían comprendido perfectamente». Pienso que la cuestión de la autoridad sigue siendo central: sin duda se dieron cuenta de algo, y especialmente de que el científico no podía esperar que la gente matara a otras personas en un

\* Literalmente, todo lo que está «*en leur pouvoir*» (en su poder) (N. del t.).

<sup>58</sup> Recordemos que el experimento de Milgram consistió en hacer creer a los sujetos que debían electrocutar a otros en un experimento de aprendizaje. Véase S. Milgram, *Obedience to Authority*, Nueva York, Harper and Row, 1975. Léase la apasionante investigación llevada a cabo con los sujetos experimentales 40 años después por Ian Parker, «Obedience», *Granta*, 71 (*Shrink*), octubre de 2000, pp. 101-125.

laboratorio, porque eso supondría una conmoción. Así pues, se fiaron de su interlocutor e hicieron lo que se esperaba de ellos. Creo que lo mismo les ocurrió a los alumnos de Rosenthal.

Podemos pensar que los estudiantes de Rosenthal, sensibles a la autoridad de éste, captaron intuitivamente —y quizá incluso sin ser conscientes de ello— las verdaderas expectativas de Rosenthal: que se equivocaran, que cayeran todos en el error. En definitiva, la cuestión que se le debe plantear a Rosenthal es la de saber en qué profecía autocumplida se basa el experimento: ¿en la del estudiante acerca de la rata o en la suya acerca del estudiante? Parece que el experimento se basa tanto en la influencia de la predicción de los estudiantes a propósito de la inteligencia o estupidez de las ratas como en la influencia de la predicción de Rosenthal a propósito de la actuación de los estudiantes (mis estudiantes son tontos o ingenuos, hasta tal punto que los engañaré). El lugar del experimento ya no está en el laboratorio, entre una rata tonta (o inteligente) y un estudiante, sino que ahora está en el reflejo del experimento, entre un estudiante definido como aquel que «no sabe» y Rosenthal, que es quien le define así. A las expectativas de los estudiantes respecto a las ratas corresponden las expectativas de Rosenthal respecto a los estudiantes cuando espera que se equivoquen. Así pues, ¿dónde está el sesgo? No se sabe. Creo que es preferible abandonar esta cuestión y dejar de lado la cuestión del sesgo. Porque este experimento es ante todo productor de existencia: las ratas son realmente inteligentes o tontas, y los estudiantes se convierten en investigadores capaces de transformar a sus animales.

Esta idea de transformación podría también aplicarse a las terapias. En todo caso, nos permitiría definir las sin condenarlas y, al mismo tiempo, sin por ello reconocerles su pretensión de estar revelando la verdad acerca de los sujetos, una verdad que preexistiría al dispositivo. Porque, a mi juicio, lo que las psicoterapias podrían reivindicar como objeto de su especificidad, y en lo que reside todo su interés, son las prácticas de transformación que proponen. Cabría entonces asimilarlas —sin dejar de identificar a la vez su especificidad— a las prácticas experimentales. Estas prácticas experimentales se topan con sus propios límites, al igual que cualquier práctica basada en dirigirse a seres vivos dotados de intencionalidad, seres vivos animados por la cuestión de «qué quieren de mí», seres vivos que no cesan de interpretar las proposiciones que se les dirigen. Los saberes que se derivan de ellas, las transformaciones propuestas, adquieren su sentido y su valor en el interior de un dispositivo, se vinculan a

las condiciones de su propio surgimiento, algo que hace más complicado el proceso de generalización y reduce su alcance. En este sentido, dichas transformaciones son típicas de las ciencias tal y como éstas se entienden actualmente: las cosas nunca son indiferentes a las preguntas que se les dirigen, a las teorías que guían esas preguntas ni a las formas de producir existencia que tales teorías suscitan. Las condiciones de conocimiento son inevitablemente condiciones de existencia. La indiferencia, que ha alimentado los sueños de numerosos experimentadores deseosos de «hacer ciencia», volvería ese proceso imposible, o al menos carente de interés.

Con todo, cabría preguntarse si otra aproximación no arrojaría una luz diferente sobre esos procesos, y la voy a proponer como materia de reflexión sin haber trabajado aún en ella: se trata de la investigación participativa. La investigación participativa, en efecto, se corresponde con el tipo de prácticas en las cuales el sujeto, «objeto» de la experiencia, es quien convoca al otro, el investigador, a su problema. Cuando se analizan las investigaciones participativas se advierte que a menudo parten de una inquietud y la mayor parte de las veces se formulan como una pregunta: «¿quiere usted acompañarme en un episodio de transformación con el que estoy experimentando?». Porque muy a menudo, e imagino que el paralelismo puede mantenerse respecto a la pregunta en terapia, el episodio de transformación suele comenzar antes de la pregunta: el experto sería entonces requerido para acompañar y prolongar la transformación, para hacerla posible, concebible. ¿Podemos llevar más lejos el paralelismo? En caso afirmativo, ¿cuán fecundo sería? Quedémonos con estas preguntas.

## 2.<sup>a</sup> Parte. LA EXPERIENCIA DE VALINS: PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL DE LAS EMOCIONES

*Buena parte de los experimentos llevados a cabo en los años 60 acerca de la emoción poseen un rasgo en común: a la hora de definir la emoción pretenden librarse del cuerpo. Pero ese cuerpo no es cualquier cuerpo: se define por estar excluido de la escena experimental, y en consecuencia del mundo de las sensaciones (porque hay que mostrar que no tiene nada que hacer), y al mismo tiempo está en esa escena, porque es la que hereda la Psicología cuando, tomando el cuerpo tal y como lo tratan los biólogos, debe generar experimentos. El cuerpo emocionado que entra en escena de esa manera nos muestra por encima de todo los*